

decir una sola palabra que bastaria para expiarlas... — Mamá, voy ahora mismo á ver á mi hermana para pedirle perdon de mi enfado, y de no haberle manifestado al instante mi arrepentimiento. Al oír estas palabras la Marquesa abrazó tiernamente á Carolina, la cual al punto salió corriendo del cuarto para ir á buscar á su hermanita.

La Marquesa habia prometido aquella mañana que por la noche referiria una historia verdadera, promesa que desempeñó en los términos siguientes :

LOS SOLITARIOS DE NORMANDIA

HISTORIA VERDADERA



En la provincia de Normandía, á cuatro leguas de Forges ¹, cerca del rico monasterio de Bobec, vivia un honrado labrador llamado Anselmo, en compañía de su mujer é hijos. Era pobre, pero tan feliz que en quince años no habia salido de su choza mas que para ir á la iglesia. Su pajiza habitacion estaba aislada en medio de un bosque; no tenia vecinos, ni los deseaba. No podia imaginarse que despues de haber labrado sus tierras pudiese haber un placer mayor que el de descansar en medio de su familia. Algunos pedazos de tierras, dos vacas y algunas aves eran todas sus riquezas : su familia se componia de su mujer, cinco hijos, una criada y un pastor : voy á haceros conocer particularmente á estas dos personas. La criada se llamaba Pascuala, y como desde sus primeros años vivia en casa de Anselmo, tenia la inclinacion y costumbres sedentarias de sus amos. Jamas se habia apartado de la casa mas de media legua; de cuantos edificios hay sobre la tierra no habia visto mas que el convento de Bobec, y nunca San Pedro de Roma ó el *Louvre* ² excitaron admiracion igual á la que sentia Pascuala al ver la pequeña iglesia de Bobec. Habia oido hablar de Forges, y sabiendo que este

¹ Célebre por sus aguas minerales.

² Louvre : uno de los grandes palacios de Paris.



LOS SOLITARIOS DE NORMANDIA.

lugar distaba cuatro leguas de su habitacion, nunca tuvo ánimo para emprender un viaje tan largo. Bien podeis pensar que Pascuala ni sabia leer, ni habia visto un libro en toda su vida : sus habilidades eran muy limitadas ; se reducian á saber ordeñar las



vacas, hacer queso y ayudar á su ama en las haciendas de casa : no hubiera podido su entendimiento abrazar conocimientos mas extensos ; no tenia precisamente mas que aquel grado de inteligencia necesario para desempeñar medianamente las obligaciones de su estado, y si el cielo no le hubiese dado unos amos tan pacíficos y humanos, mas de cuatro veces se hubiera visto á pique de perder su acomodo ; pero á lo ménos no cometia culpas voluntarias ; carecia absolutamente de memoria y de reflexion, tenia poca actividad ; pero sus intenciones eran puras y su corazon tan bueno, que nunca pudieron Anselmo y su mujer resolverse á reñirla. Miguel, el pastor que guardaba las vacas, era aun ménos activo y mas limitado que Pascuala. Su poca salud le servia de excusa para con el indulgente Anselmo de su indolencia é incapacidad ; fuera de esto era naturalmente blando y pacífico ; tenia hombría de bien, un sosiego inalterable y una serenidad de alma que nada podia turbar.

Habia tanta conformidad entre Miguel y Pascuala, que era imposible que se viesen todos los dias sin aficionarse el uno al otro. Declaróse la simpatía, y los dos amantes pidieron á sus amos licen-

cia para casarse, lo que al punto les fué concedido. Casó Pascuala con Miguel, y al cabo de tres años se vió madre de tres hijos, que se criaron con los de Anselmo.

De allí á un año tuvo Pascuala un grandísimo pesar. Murió la mujer de Anselmo, y este murió tambien dos años despues. De este modo perdieron Pascuala y Miguel el mejor de los amos y el único amparo que tenian en todo el mundo. Algunos parientes, tutores de los niños, tomaron posesion de la corta herencia, y tuvieron la crueldad de arrojar de ella á Miguel y Pascuala.

Fué preciso abandonar la cabaña querida, que miraban como su casa paterna ; fué preciso arrancarse de los brazos de los niños del virtuoso Anselmo, de aquellos niños que tanto tiempo habia daban á Pascuala el dulce nombre de madre. La pobre Pascuala los abrazó con lágrimas, y salió desesperada, seguida de cuatro hijos que tenia entónces, y del triste Miguel, que llevaba debajo del brazo un lio en que iba alguna ropa, único bien que habia quedado á aquella familia desventurada.

En medio de esta horrorosa situacion tuvieron la dicha de no padecer ninguna de las crueles inquietudes que pueden causar la imaginacion y la prevision ; eran de genio de no sentir nunca mas que los trabajos presentes. Lo venidero estaba cubierto para ellos de un velo tan impenetrable que les ocultaba hasta la imágen del dia siguiente. Antes de salir de la casa habian comido bien, por tanto no les inquietaba mucho el recuerdo de lo que cenarian : solo hablaban de su sentimiento por la muerte de Anselmo y del amor que tenian á sus hijos, que se habian visto precisados á abandonar.

Hablando de este modo caminaban sin saber adónde, y se perdieron en el bosque. Pascuala estaba preñada de seis meses ; luego que se sintió cansada se sentó al pié de un árbol : su marido se sentó á su lado, y los cuatro niños se acomodaron al rededor de ellos ; esto pasaba á principios de Julio. Al anochecer uno de los niños dijo que tenia hambre, y al punto empezaron todos á pedir pan. Miguel que llevaba algunas provisiones en su zurrón las repartió entre su mujer é hijos. Acabada la cena se determinaron á pasar allí la noche, y al amanecer siguieron un sendero trillado que los condujo á una especie de desierto al otro extremo del bósque.

Todo aquel sitio inculto estaba cubierto de malezas ; pero encontraron una fuente que salia de entre unas peñas. Este hallazgo causó

el mayor gozo á Pascuala porque sus hijos se morian de sed : para mayor fortuna todo aquel terreno estaba lleno de avellanos, morales y sambueseros silvestres, y el suelo cubierto de fresas. Al ver Pascuala aquel jardin natural exclamó encantada : Miguel, Miguel, quedémonos aquí; tenemos agua y frutas con que mantenernos, y haciendo una choza con hojas y ramas para pasar la noche estaremos grandemente... — Sí, pero es menester licencia para cortar las ramas que no son nuestras. Esta reflexion de Miguel dejó muy triste á Pascuala.

Á este tiempo vió que un muchacho se acercaba á ellos conforme iba cogiendo fresas : Pascuala se llega á él y le pregunta si sabe cuyo es aquel bosque. Es de la abadía de Bobec, respondió el muchacho. — ¿Está muy léjos la abadía? — Média legua; ahora voy á llevar las fresas que he cogido. Entónces Pascuala entró en consulta con Miguel, el cual despues de haber recibido sus órdenes siguió al muchacho que iba al monasterio : Pascuala y sus hijos se quedaron á la entrada del bosque encargándole que volviese cuanto ántes.

Luego que Miguel llegó al monasterio fué á hablar con el abad, á quien expuso su situacion, concluyendo con pedirle que le diese trabajo, ó á lo ménos la licencia de hacer una choza en el sitio que le dijo. ¿Qué sabes hacer? le preguntó el abad. — Sé guardar vacas. — No necesitamos de pastores, y ademas no eres de nuestras tierras. — Pero no tengo que comer; allá se va todo... — No se puede socorrer como quisiéramos á todos los pobres... — Padre, yo no soy pobre, no pido limosna, tengo alientos y ganas de trabajar... — Pero no sabes hacer nada, y ademas, te vuelvo á decir que los de nuestras tierras deben ser preferidos... — Pues mire Vd., le aseguro que soy muy débil y enfermizo; por eso debia Vd. darme que trabajar... — ¿Con que te hē de tomar por criado á causa de que no puedes trabajar? — Sí, señor, por eso me tenia en su casa Anselmo, mi difunto amo; pero si Vd., padre, no gusta de enfermos, déme á lo ménos licencia para hacer una choza en el bosque. — ¿Y cómo viviréis? — Hay muchas frutas; hay berros, avellanas y fresas : es un paraíso... — ¿Y en invierno? — ¡Ah! es verdad; no hemos pensado en el invierno... pero de aquí á allá falta buen rato : ahora estamos en Julio... — Buen hombre, ya que lo quieres te doy licencia para hacer una choza, y cada dos dias puedes

venir á buscar una provision de pan y patatas para ti y tu familia... — Justamente tengo un zurrón muy guapo. — Á Dios; esto es cuanto puedo hacer por ti... — Y es mucho mas de lo que yo pedía... ¡Qué contenta se pondrá mi Pascuala cuando sepa esto!...

Diciendo así se despidió y salió muy de priesa. Ya estaba fuera del monasterio cuando le hicieron volver para darle su provision de pan y patatas asadas, como el abad habia mandado. Miguel, que era hombre de bien á toda prueba, rehusó el tomarlas, diciendo : El padre me ha dicho no habia de ser sino cada dos dias; y así volveré á tomar esto esotro dia. Á pesar de su resistencia le hicieron tomar la provision para dos dias, y se fué contentísimo del feliz éxito de su viage. Luego que descubrió á Pascuala se puso muy ufano, y respondió por extenso á todas sus preguntas. Pascuala, aunque muy gozosa, le riñó un poco su descuido en no haber comprado en el lugar de Bobec una podadera para cortar las ramas; porque en fin, prosiguió, nos hallamos con nueve libras y diez sueldos (este era el fruto de sus ahorros de diez años) : ¿qué quieres que hagamos con todo este dinero? — Es verdad, respondió Miguel; pero no se puede pensar en todo : mira tambien como se nos habia olvidado que llegará el invierno... — Ahora que lo mientas, será menester guardar algun dinero para comprar pellejos de carnero... — Sí, porque si hemos de vivir aquí se ha de procurar que nada nos falte... — Vamos ahora á trabajar : tú con la navaja cortarás las ramas.

Dicho esto, Pascuala emprendió su tarea y Miguel la imitó : la industria de uno y otro era igual á su robustez; por tanto tardaron mas de quince dias en hacer una chozita bastante sólida; pero que tenia un defecto que no echaron de ver sino cuando ya estaba casi concluida la obra. No se habian acordado (porque como decia Miguel no se puede pensar en todo) de que habian de habitar en su choza, por lo cual era conveniente que su altura fuese proporcionada á la de ellos. Es mas cómodo trabajar con los brazos en su postura natural, que no levantándolos, y ellos habian escogido el modo ménos molesto : de suerte que podian echarse de pechos sobre el tejado de su choza lo mismo que sobre la barandilla de un balcon. Pascuala fué quien advirtió primero este defecto de construccion : aunque el edificio estaba casi acabado, tuvo la valerosa tentacion de volverlo á empezar; pero Miguel se lo quitó de la cabeza, diciéndole que nadie entra en su casa sino para dormir ó descansar, y

que así bastaba que pudiesen estar echados ó sentados. No tenía réplica este argumento, y en efecto se concluyó la choza á pesar de aquel error en sus dimensiones.



Dió la casualidad que el día que se comió en ella por la primera vez, fué un día de fiesta. Aquella mañana habia ido Miguel á la abadía y volvió con su provision de patatas y pan, llevando ademas una cantarilla de leche y algunos huevos frescos que habia comprado en el lugar. Grande fué la alegría de los niños al ver tanta variedad de manjares para el festin : su gozo y contento excitó el de Miguel y Pascuala; en fin, nada faltó al gusto completo de aquella comida, porque en los convidados se hallaban reunidos el buen humor y el apetito. Por la noche se durmió grandemente : despues de haber pasado veinte y ocho noches expuestos á la intemperie no podia dejar de ser muy grato el descansar al abrigo de una buena choza, durmiendo sobre un catre mullido de hojas y paja fresca. Al día siguiente toda la familia despertó con cabal salud.

No hay cosa, dijo Miguel, como tener uno todas sus conveniencias; por mas que digan que el cuerpo se hace á todo, yo aseguro que no hubiera dormido tambien á campo raso, y tendido sobre la tierra desnuda. Ni yo tampoco, respondió Pascuala : todas estas noches me he acordado mil veces del establo en que dormíamos

en casa de nuestro pobre amo. — Oyes, Pascuala; tan buena es nuestra cabaña como aquel establo; ¿no es verdad? — Ya se ve; y á mas á mas estamos en nuestra casa, y como decia nuestro amo Anselmo, nadie se halla mejor en parte alguna que en su casa. Esta casa, que bastaba al contento de Pascuala, se habia rematado el día ántes. Miguel habia comprado una ortera y cinco cucharas de palo, algunas pieles de carnero y un poco de cáñamo para Pascuala, que tenia una rueca y sabia hilar tal cual : en esto se emplearon las nueve libras y diez sueldos. Miguel por su parte se ingeniaba como podia : cazaba pajarillos con liga y los llevaba al monasterio, y al fin del mes iba al lugar á vender la hilaza de su mujer; sacaba de esto un producto muy tenue, porque, como ya he dicho, no era Pascuala ni muy activa ni trabajadora.

Todo el verano pasaron de esta suerte. En el mes de Setiembre parió Pascuala con toda felicidad una niña. Llegó por fin el invierno, y á pesar de las pieles la cabaña pareció entónces mucho ménos cómoda, mayormente no habiendo ya moras, avellanas ni fresas. No obstante, no padecieron Miguel y Pascuala tanto como se debe pensar; porque nunca habian dormido en un cuarto muy abrigado : el establo, del cual se acordaban tanto, tenia en el tejado varias aberturas, y la puerta, compuesta de tablas mal unidas, tenia de arriba abajo tres ó cuatro rendijas, por las cuales se podia pasar la mano sin dificultad; y así no hallaron mucha diferencia entre su choza y el establo aun en lo mas riguroso del invierno, y en verano su barraca, situada en un terreno seco, y resguardada por un bosque cubierto de flores y frutas silvestres, era mas agradable que un establo oscuro y húmedo, edificado en un corral lleno de estiércol, y en partes cubierto de agua detenida y pestilente.

Á fines del invierno Miguel, que dos meses habia andaba con mucho trabajo, se halló en una total imposibilidad de ir al monasterio á tomar su alimento : Pascuala le reemplazó, y el pobre Miguel se quedó en la choza tristemente echado sobre su cama de hojas secas. No padecia dolores vivos; su tranquilidad natural y su piedad le defendian de la impaciencia y tedio. Pasaba todo el día rezando; Pascuala hilaba ó rezaba el rosario á su lado, sus hijos le acariciaban, y todo esto hacia que no se reputase por muy desgraciado. En esta situacion pasaron otro año.

Habia ya dos cumplidos que Miguel y Pascuala habitaban en aquel sitio : un dia (era por el mes de Julio) Pascuala, que habia ido á recoger hojas en el bosque, llegó corriendo y sufocada á la cabaña. ¡Ah Miguel, exclamó luego que vió á su marido, qué cosa tan hermosa he visto!... — ¿Pues qué es? — ¡Una barca muy hermosa y amarilla sin techo... está casi casi hecha como una carreta, pero tan reluciente!... y la llevan seis caballos todos plateados... y dentro van unas señoras muy hermosas, y detras unos señores muy guapos vestidos de encarnado!... Al tiempo que Pascuala acababa de pronunciar estas palabras, oyó el ruido del coche, cuya descripcion habia hecho, se estremece de alegría, sale de la cabaña, y todos los niños la siguen. Ve el coche á treinta pasos de ella, y distingue entre las personas que iban en él una dama sumamente hermosa, que arrojando sobre ella y sus hijos una dulce mirada, manda al cochero que pare. Sorprendida y encantada Pascuala no se atreve á acercarse.

La jóven y hermosa incógnita, seguida de cuatro damas que la acompañan, se acerca á Pascuala. ¿Son de Vd., le dice, estas cinco criaturas? — Sí, señora... — ¡Pobres chiquitos! Están casi desnudos... — Los tres mas chicos tienen chupas y calzones, pero los guardamos para el invierno... — ¿Y pasan Vds. todo el dia en esta choza? — El dia y tambien la noche. — ¿Pues qué, no tienen Vds. otra habitación? — No, señora; dos años hace que vivimos aquí, pero estamos muy bien, solo en el invierno hace bastante frio, y como mi marido está enfermo... — ¿Enfermo, y está en esa cabaña?... — Sí, señora. — ¡Oh cielos!... ¡qué feliz soy en la casualidad de que nos hayan extraviado y hecho venir aquí! Diciendo esto la incógnita se adelanta hácia la cabaña y entró en ella no sin mucho trabajo, porque los zapatos de tacon y sombrerillo con plumas la obligaron á agobiarse tanto, que no pudiendo soportar aquella actitud tan penosa, tomó el partido de ponerse de rodillas. ¡Oh Dios mio! dijo volviéndose á Miguel con los ojos llenos de lágrimas, ¿es posible que hace dos años no tienen Vds. otro asilo mas que este!... ¿Cómo no ha ido Vd. á Forges á curarse? — Como está tan léjos... — No hay mas que tres leguas... — Hace diez y ocho meses que mi marido está baldado; no podia yo dejarle aquí solo para hacer un viaje tan largo : y sin eso no estamos tan mal, cada dos dias tenemos pan y patatas. Entónces la incógnita sacó su bolsillo, y dándosele á Pascuala le dijo : Tome Vd., esta tarde ven-

drán á buscarlos de mi parte, y puesto que les gusta este sitio, les prometo que volverán á él, pero ántes es menester que pasen algun tiempo en Forges, porque el enfermo necesita de la asistencia de un buen médico.

Entre tanto Pascuala miraba y volvia á mirar las monedas de oro que la incógnita acababa de darle; finalmente le dijo : Ya que es Vd. tan buena, sepa Vd., señora, que estas monedas no nos pueden servir; no se conoce esto por acá... — ¿Pues qué, nunca ha visto Vd. oro? — Sí tal, he visto mucho dorado en la capilla de Bobec; pero no debe de correr la moneda de oro por acá, porque ni siquiera he oido hablar de ella. Penetrada la incógnita de un exceso de miseria, que jamas hubiera creído, no pudo reprimir su llanto : sin embargo, obligó á Pascuala á que guardase el oro que le habia dado; pero para contentarla le hizo dar algunas monedas de plata, que ella admitió loca de contento. Hecho esto la incógnita y las señoras que la acompañaban salieron de la cabaña, subieron en el coche, y volvieron á Forges, dejando á Miguel y á Pascuala llenos de gozo y admiracion. Todo el dia hablaron de la hermosa señora, y todavía les duraba la misma conversacion por la tarde cuando los fueron á buscar para llevarlos á Forges. Cuatro hombres pusieron á Miguel sobre una litera, y le llevaron con mucho cuidado. Pascuala y sus hijos subieron en un carro, y todos llegaron á Forges á cerca de las nueve de la noche. Al punto los condujeron á una casa en donde hallaron ropa limpia y buenas camas.

Luego que Miguel se hubo acostado, Pascuala fué corriendo á hacer preguntas á la huéspeda. Al cabo de un cuarto de hora volvió. ¡Oh Miguel, le dijo, verás, verás lo que he sabido!... — Dímelo presto... — La hermosa señora... oyes, ¿sabes tú lo que es una princesa?... — Yo no... — Pues bien, la hermosa señora es una princesa... y se llama tambien duquesa... y tiene tambien otro nombre... pero se me ha olvidado... y es tambien, que es mas que todo, parienta del rey... — Pues no por eso es mas tiesa ni vana. — ¡Oh! no por cierto. — ¡Parienta del rey, y tener un modo de mirar tan humano y una habla tan dulce!... — ¿A que no adivinas por qué ha venido á Forges? Pues es para beber de una agua que hace tener hijos : yo no tengo mucha fe en esa fuente, pero haré una novena para que Dios dé á esta querida señora una hermosa familia en pago de su caridad.

La huéspedada interrumpió esta conversacion trayendo á los dos solitarios una excelente cena. Miguel y su mujer habian bebido algunas veces un poco de mala cerveza, pero nunca habian probado el vino : entónces lo bebieron por la primera vez á la salud de su bienhechora. Despues de haber cenado se acostó Pascuala, dando gracias al cielo, y mil bendiciones á su jóven y virtuosa protectora. Al dia siguiente despertó Pascuala, cuando entró en su cuarto una costurera que iba á tomarle medida á ella y á sus hijos de parte de la princesa. En efecto, de allí á pocos dias le entregaron el vestuario mas completo para ella, su marido é hijos. Cada vez se aumentaba mas el gozo de Pascuala ; sobre todo, viendo que Miguel se iba restableciendo con suma rapidez. El esmero y asistencia del médico, una habitacion sana, y el buen alimento, habian producido una mejoría casi repentina, y al cabo de tres semanas pudo levantarse y andar por su cuarto.

Entónces fué Pascuala á ver á su bienhechora, la que presentándole un manojo de llaves le dijo : Estas son, Pascuala mia, las llaves de su casa de Vd. y de sus armarios. Vaya Vd. á ella, y mañana por la mañana iré yo á que me dé de almorzar. Atónita Pascuala al oír esto, quiso hablar y no pudo, tomó las llaves como alelada, no pudiendo creer que tuviese una casa con armarios, ni que la *parienta del rey* fuese á almorzar con ella. Aquel mismo dia Miguel, su mujer y sus hijos volvieron al desierto de donde los habian sacado. ¡Pero qué grande fué su sorpresa al ver en lugar de la choza de hojas y ramas una casita muy aseada, situada en medio de una gran huerta ! Los niños dan mil gritos de alegría, Miguel y Pascuala los abrazan llorando. ¡Oh Dios mio ! dijo Pascuala juntando las manos, ¿qué hemos hecho para merecer tanta dicha?...

Paró el carro á la puerta, y condujeron á los solitarios á su habitacion, compuesta de varios cuartos muy aseados, y de una cocina con todos los utensilios necesarios en una casa. La sala de los solitarios tenia una chimenea, y en fin las alcobas, las camas y muebles no dejaban nada que desear respecto al todo de la habitacion. Viendo Pascuala un armario grande, sacó su manojo de llaves, y abriéndolo halló dos vestidos completos para su marido, otros tantos para ella y para cada uno de sus hijos ; halló tambien camisas, medias, sábanas, manteles y servilletas, y una gran provision de lino para hilar. Luego que Pascuala hubo registrado el armario, la lle-

varon á su huerta ya plantada de varias legumbres ; despues le enseñaron un corral en donde halló seis docenas de gallinas ; final-



mente, abrió un establo en el cual habia dos hermosas vacas, y se le dijo que era dueña de un pedazo de prado para apacentarlas, y que distaba medio cuarto de legua de su casa. Pascuala creia estar soñando : ¡Pues qué, decía á su marido, ya somos mas ricos que no lo era nuestro difunto amo Anselmo!... Su casa comparada á la nuestra es una pocilga... Nuestra huerta es tres veces mayor que la suya... ¡Oh Miguel ! será menester que nunca olvidemos nuestra choza, sobre todo en el invierno, cuando estemos con nuestros hijos sentados al fuego, para dar gracias á Dios siempre de tan buena gana como ahora. En tanto que Pascuala hablaba así, sus ojos vertian las mas dulces lágrimas : tambien lloraba Miguel, y uno y otro abrazaban á sus hijos, recibiendo sus caricias con un placer y un gozo que jamas habian sentido, aunque siempre los amaban tiernamente.

En toda la noche pudo dormir Pascuala : como habia quedado

una lamparilla encendida sobre la chimenea, la pasó toda considerando con admiración su cuarto y sus muebles, rezando y bendiciendo á su ilustre bienhechora. Al amanecer se levantó, y su marido también; vuelven á registrar su cocina, su jardín y establo. Hecho esto, vistieron á los niños, poniéndoles los mejores vestidos, y dispusieron el almuerzo. Tienden sobre la mesa un mantel nuevo, ponen encima dos tazones llenos de nata de leche, buen pan casero, manteca fresca y una cesta de avellanas acabadas de coger: dispuesto todo de esta manera, se espera á la *buena señora* con impaciencia y desasosiego. Á las once, el hijo mayor, puesto de centinela á la salida del bosque, deja su puesto y llega anunciando que ha visto el coche á lo lejos. Entonces Pascuala y Miguel se agarran del brazo y se disponen á salir de casa enteramente turbados y enternecidos. Miguel, aun algo débil de las piernas, se aflige de que no puede andar mas apriesa; los niños quieren ir corriendo delante, y se precipitan hácia la puerta; el padre y la madre los llaman, y por la primera vez se quejan de su desobediencia.

En el instante mismo en que los solitarios llegaban á la puerta de su patio, se apeaba la Princesa de su coche. Pascuala y su marido bañados en llanto se arrojan á sus piés, y Pascuala mostrándole á Miguel: ¡Oh señora, dijo, ya está curado, ya puede andar!... ¡Nuestros hijos no padecerán mas el rigor del frío!... ¡Esta es nuestra casa en que estaremos tan bien en el verano como en el invierno! Todo se lo debemos á Vd. y solo Dios puede pagarle; porque nosotros, pobres infelices, ni darle gracias sabemos.

Un diluvio de lágrimas interrumpió estas razones; la amable y virtuosa Princesa mezcló las suyas con las de los solitarios, y levantando del suelo á Pascuala la tomó del brazo, y entró de este modo en la casa. Bien podeis creer que el almuerzo fué excelente, y que se pasearon muy bien por la huerta sin dejar de ver hasta el establo.

Á las doce y média la Princesa se apartó de los solitarios, y al llegar á Forges supo con igual gusto y enternecimiento que no hay estados ni clases en que no se puedan hallar los sentimientos nobles y generosos que la caracterizaban á ella tan particularmente. Los carpinteros y albañiles que habian construido la casa de los solitarios, movidos de una acción que aseguraba la felicidad de una familia entera, quisieron tener parte en ella de algun modo. Traba-

jaron con mucho ardor noche y dia, y luego que estuvo concluida la casa, todos unánimes rehusaron el precio de su trabajo. No hubo medio de hacerles aceptar la menor recompensa, y solo se les pudo pagar empleándolos al instante en otras obras, por las cuales se les dió el doble de lo que valian.

Habiendo dejado de hablar la Marquesa: Esta historia, dijo el abate, es muy preciosa. No es dificultoso adivinar el nombre de la augusta bienhechora de los solitarios, y se pueden citar de ella tantas acciones de esta clase, que no me admira la que Vd. ha contado; pero la generosidad de los carpinteros y albañiles me sorprende. Que un hombre de esa clase tuviese tanta grandeza de ánimo, sería muy extraordinario, aunque creible; pero que todos se convengan en trabajar dia y noche con el solo fin de participar de una buena acción, que rehusan con teson el salario que les es debido, que de un consentimiento unánime sacrifiquen así su tiempo y trabajo, y que siendo pobres se avergüencen de tomar un dinero tan legítimamente ganado, hay en ese modo de pensar una nobleza, un pundonor y un entusiasmo de virtud, que me parecen poco verosímiles en personas de tan bajo estado, y no puedo ménos de declarar á Vd. que tengo algun rezelo de que la han engañado acerca de este punto. — ¿Y si yo misma hubiese sido testigo del caso?... — Me alegro mucho, porque me es muy gustoso poderlo creer. — Este es uno de aquellos rasgos que nadie se atreveria á inventar, porque no tenemos mas que una idea imperfecta de la naturaleza. No la querriamos conocer en algun hecho imaginario que la pintase con toda su elevación, y por una inconsecuencia ridícula, el heroísmo que tanto admiramos en la historia no nos pareceria, en una obra de pura invención, mas que una ficción extravagante destituida de toda verosimilitud. No obstante, es cierto que lo que se llama *belleza ideal* no existe en lo moral, porque siempre que la imaginación concibe alguna cosa sublime, puede el hombre practicarla si escucha los primeros impulsos de su corazón, ó se ve obligado en fuerza de la admiración que causan los grandes ejemplos de virtud. Y si buscamos la idea de una perfección constante, tal como la podemos concebir, la hallaremos infaliblemente examinando la conducta de aquellos que practican exactamente todas las obligaciones que la religión impone.

Al acabar la Marquesa estas palabras dieron las diez. Mamá, dijo